

EL ALMA AL CUERPO

El hombre no es más aquél por el cual se alternan el día y la noche o se miden las cercanías y las lejanías. Ahora está ubicado como una cosa entre las cosas, infinitamente solo. Todo lo que acerca a las personas y a las cosas se ha retraído a una profundidad común de la cual se nutren las raíces de todo aquello que crece.

Rainer Maria Rilke

Hay en estas palabras de Rilke una intuición de ese hombre/mujer que se muestra a nuestros ojos a través de un cuerpo que deviene en paisaje humano, esencia de esa Naturaleza de la cual somos parte pero que nos trasciende de un modo abismal en una primordialidad y una esencialidad de lo humano no sólo exterior sino interior. Más aún, fuertemente interior: donde la consciencia de nuestra relación con la realidad nos oprime y asedia dentro y fuera de nosotros haciéndose germen de una búsqueda urgente, en lo recóndito, por mostrar los estratos más profundos y basales de las pasiones y de los sentidos, de la felicidad y del tormento. Excavación arqueológica que revela esa dimensión en la que se cumple y se consume en la totalidad de su arco la parábola de nuestra existencia en esta tierra.

¿No es cierto quizás que el valor más grande y singular del arte está en ser el medio en el cual se buscan y se encuentran el hombre y el paisaje, el mundo y la forma? Ellos viven hombro a hombro, casi ajenos el uno al otro, para en un cuadro, un edificio, una sinfonía o una palabra parecer que se unen con el fin de expresar una verdad más elevada, como la que la obra de arte revela.

Este es el hilo conductor que une las obras de Lupe Marín reunidas en esta muestra con el título "Pulsión", entendida como una forma de ilusión que reflexiona sobre las increíbles síntesis entre lo exterior y lo interior del meollo del ser humano.

No es la belleza entendida como aquello que estamos acostumbrados a ver en lustrosas revistas patinadas: en la que ofrece Marín cuando nos propone sus retratos, sujetos privilegiados de su investigación visual, la elegancia y la gracia no son una visión efímera, sino el producto de un estudio atento de la forma y el carácter que anhela la perfección. En cuanto la juventud es el elemento característico de estos seres retratados, tanto más evidente es la condición de transitoriedad propia de esa perfección, que vive en el espacio circunscripto de una etapa para continuar hacia su decadencia natural, que si no es exactamente la del paso de la edad, sí es el de la pérdida de la inocencia.

Lupe Marín, a través de sus personajes principalmente femeninos, muestra la representación propia de la condición humana contemporánea, entre la dimensión natural del tiempo que pasa y la identidad que busca liberarse, ahondando en la indagación de la seducción y la sensualidad. Con una serie de imágenes evidentemente narrativas, la artista construye su abecedario cada vez más coherente y personal también en su composición cromática. La paleta está expresada a menudo con colores delicados, suavemente esfumados, que parecieran querer combatir con su dulzura el mensaje de una sociedad a menudo demasiado dura consigo misma y a la que ofrece el cuerpo en cuanto lugar de introspección capaz de plantear preguntas inquietantes. Jugada entre la acción y la pasión, en un viaje entre los estratos y las instancias de la esencia de una persona, su pintura cuestiona inmediatamente la posibilidad de llegar al alma a través de la representación del cuerpo, como si éste la conociera y expresara sus secretos más íntimos.

Personas aisladas colocadas en un fondo que a menudo asemeja un vórtice de ornamentos aparentemente inanimados que devora al cuerpo pero que justamente por su presencia nos dice en cambio que existe y que continuará en el mañana como expresión de una cotidianeidad compartida. La artista asume la tarea de excavar la exterioridad del cuerpo para comprender la fugitiva verdad del alma en una pintura en la cual esa verdad es siempre intuitiva, afectiva y emotiva, y en donde el objeto retratado y el sujeto que lo revive no son indiferentes el uno al otro, sino que se involucran de forma recíproca.

Estalla así un compendio de luminosidad y color que narra la nostalgia de la artista de querer permanecer con su más íntimo sentimiento en ese mundo, traicionando con la mirada absorta la falsa luminosidad creada por ella misma, donde el color no se adhiere a una forma sino a la estructura toda de la obra. Porque es la misma fisicidad de lo pintado la que delimita el tiempo y el espacio, que aquí no es otra cosa que el infinito. Un infinito que la artista se reserva para utilizar como una señal de esperanza para un mundo en el cual la fantasía es la única isla de la felicidad donde refugiarse.

Pura pulsión pictórica que elabora una visión transfigurada de la realidad. Jamás estática, jamás por descontada.

Massimo Scaringella